

Lamento

¡Lo entiendo todo en dos flautas
y me doy a entender en una quena!

Era la edad aquella de la treinta desgana
y del dolor. Nadie había en Santiago, nadie
en Santiago de Chuco, españa, digo,

dije Perú. Nadie cantaba, cholo:
el sol, la soledad, la hiriente cal del día.
No había.

La hoja del árbol, quieta; el polvo, el ruido, inmóviles.
En paz la hueca sombra húmeda de los pozos, pero:
cuídate, César, de tu propio

césar. Vallejo, cuídate de tanto palo,
de tanta tos, de tanto no haber nadie en las barandas,
por las plazuelas, en las calles, dentro

del verso y del temblor de cada lágrima subyacente.
Porque el frío no ha muerto y porque el miedo
nunca muere jamás como la escarcha

que en su estupor a niebla parecida
duerme. Y si el estío acaba y luz no luce y sigue
soledad, alguien golpea y lluvia —allá en París—

la muerte abre, abre
partiendo el esternón de la tristeza,
el pecho del llegar a ningún sitio, cuídate,

cholo, cuídate mi españa, cuídate
de la mar y de las nubes, de la tierra quemada
en la sequía. Y de la teología, y del cultivo

general de la rosa y el esparto.
No vuelvas nunca a bienpesar que madre
pueblo se nos dispersa y va en andrajos, anda
porque Dios no está enfermo sino roto
y se vuelca en fragmentos tristemente ya inútiles
sobre la terca, inhóspita, insegura

igualdad de los hombres.

Jesús Hilario Tundidor